



Cómo contar una historia de guerra

Culturas de desmovilización y excombatientes contemporáneos

ALBERT SOLER RUDA

Doctor en Historia Contemporánea, UAB



RESUMEN

Este artículo pretende indagar en la formulación del concepto culturas de desmovilización como marco de análisis historiográfico, entendiéndolo como el proceso de construcción de colectivos de excombatientes modernos en el siglo XX, poniendo énfasis en contexto de la Guerra Fría y conflictos de descolonización como periodo clave para explicar su aparición y desarrollo como sujetos de relevancia en procesos de crisis. Analizando las características de los conflictos y los procesos nacionales en los que se desarrollan guerras como Vietnam, Afganistán, Malvinas o las guerras coloniales portuguesas, se busca desarrollar las causas de su configuración y su papel como sujetos sociales y políticos, a la vez que como actores influyentes en procesos de construcción cultural y memorística.

Palabras clave: excombatientes, desmovilización, subculturas. trauma, Guerra Fría

RESUM

Aquest article pretén indagar en la formulació del concepte cultures de desmobilització com a marc d'anàlisi historiogràfica, entenent-ho com el procés de construcció de col·lectius d'excombatents moderns al segle XX, posant èmfasi en context de la Guerra Freda i conflictes de descolonització com a període clau per a explicar la seva aparició i desenvolupament com a subjectes de rellevància en processos de crisi. Analitzant les característiques dels conflictes i els processos nacionals en què es desenvolupen guerres com Vietnam, Afganistan, Malvinas o les guerres colonials portugueses, es busca desenvolupar les causes de la seva configuració i el seu paper com a subjectes socials i polítics, alhora que com actors influents en processos de construcció cultural i memorística.

Paraules clau: excombatents, desmobilització, subcultures, trauma, Guerra Freda

ABSTRACT

This article turns around the concept of demobilization cultures as a framework for historiographic analysis, understanding it as the process of construction of modern ex-combatant collectives in the 20th century, emphasizing the context of the Cold War and decolonization conflicts as a key period to explain their emergence and development as relevant subjects in crisis processes. Focusing on the characteristics and national processes of different representative cases such as Vietnam, Afghanistan, Malvinas or the Portuguese colonial wars, we seek to develop the causes of their configuration and their role as social and political subjects, as well as influential actors in processes of cultural and memorial construction.

Keywords: veterans, demobilization, subcultures, trauma, Cold War

Introducción

La figura del excombatiente, entendido como sujeto que sirvió en una fuerza militar destacada en conflictos armados durante un periodo concreto, ha estado en la sociedad desde la aparición de los primeros contingentes de tropas. Desde las legiones romanas, las mesnadas de la China imperial o los ejércitos napoleónicos, la desmovilización de soldados estaba, en mayor o menor grado, presente como factor en la organización militar y política. La cuestión sobre qué hacer con miles de hombres sin capacidad o voluntad de realizar carrera militar, embrutecidos, afectados por los estragos del conflicto, con pocos recursos y desempleados una vez acabadas las hostilidades, aparecía dentro de los planteamientos de algunos militares o estadistas, en especial, cuando estos podían convertirse en un factor de inestabilidad.

No es hasta finales del siglo XIX, con la aparición de los estados nación, el sufragio universal, la nueva concepción de la ciudadanía y el desarrollo técnico e industrial, que los veteranos de guerra y sus circunstancias se convierten en un elemento para tener en cuenta en la política en muchos aspectos sociales, económicos y culturales. La tecnificación de la guerra y la industrialización de la sociedad, junto con las nuevas

dimensiones políticas, llevaron de manera progresiva a la instauración de servicio militar obligatorio y los ejércitos constituidos por conscripción.

Fue con la Gran Guerra que se consolidó la figura del veterano moderno en múltiples aspectos. Con este conflicto se entró en un nuevo tipo de guerra que culminaría los procesos de modernidad y desarrollo industrial a todos los niveles. Una nueva etapa marcada por la movilización de sociedades enteras, la transformación de la industria, el desarrollo tecnológico y la constitución de ejércitos de modo industrializado. La entrada de nuevo armamento no solo aumentó el potencial táctico y estratégico de los ejércitos, también su impacto y efectividad generaron cuantiosas bajas, requiriendo de muchos más hombres y de nuevas campañas de transformación, educación y propaganda de modelos sociales. Ejércitos como el británico, que hasta 1914 rechazaba 1 de cada 3 reclutas voluntarios bajo criterios de condiciones físicas o clase, redujo sus estándares para ampliar notablemente sus filas¹. Hombres que debían ser formados en el mundo castrense y sufrir las inclemencias del teatro bélico, adoptar unas prioridades distintas a las de su vida civil y regirse por una disciplina, jerarquía y lazos ajenos a su vida cotidiana. Aquellos que sobrevivieron fueron devueltos a la vida civil arrastrando consecuencias derivadas de ese tránsito. ¿Qué hacer ahora con millones de hombres, a los cuales se les interrumpió su día a día, sin empleo y con nuevas necesidades? En Gran Bretaña, alrededor de un 31% de los soldados sufrió heridas físicas, de las cuales una cuarta parte requirió amputación. Unos 60.500 recibieron heridas en cabeza y rostro, necesitando cirugía o prótesis faciales². El 70% de estos eran jóvenes menores de 30 años³. A eso se añaden las numerosas bajas psiquiátricas, con cerca de 100.000 soldados que pasaron por hospitales aquejados de neurastenia o *shell-shock*, trastorno del sistema nervioso por la continua exposición al fuego. De manera contundente e inesperada, el trauma aparecía en la sociedad, dejando una desconcertante huella. El ejemplo británico es representativo para ver el impacto que supuso la Gran Guerra en la sociedad. Con dificultad para trabajar o encontrar empleos adaptados, costear prótesis y tratamientos, llevar una vida social corriente, e incluso mantener una identidad más allá de los campos de guerra, muchos hombres caerían bajo estigmas de victimización, rechazo o cuestionamiento de su individualidad. Las contundentes heridas, los uniformes y la masividad industrial de su despliegue los hacía poco más que un espectro colectivo, excedentes de la nueva industria militar.

En este escenario insólito hasta la fecha, la experiencia en el frente se generalizó más allá de la retaguardia, apareciendo como una experiencia global traumática. Se crearon agencias y leyes solo para asistir y reintegrar a veteranos, se lanzaron políticas de memoria y inserción como legitimadores de sus experiencias, y se mantuvieron

¹ Bourke (1996): p.172

² Feo (2007); p.9

³Bourke (1996); p.37

los lazos castrenses con asociaciones de veteranos que imitaban la jerarquía militar y mantienen la camaradería.

Unas décadas después, con el estallido de un nuevo conflicto mundial, se creó a una nueva y más extensa generación de excombatientes. De las lecciones aprendidas en 1918, países como Estados Unidos pensaron aplicar medidas para mejorar y facilitar la vuelta de los soldados, a la vez que terminaban con los daños restantes de la Gran Depresión lanzando la famosa GI Bill en 1944. El trauma y el romanticismo difunto de la Gran Guerra se sustituyeron mediante operaciones de publicidad y marketing, asociados estrechamente a la producción industrial, el consumo y la dicotomía religiosa. Se pudo reescribir así ese sentimiento de disrupción y vacío ideológico con grandes campañas comunicativas que clamaban al sacrificio moralista, a la vez que consiguieron superar la escasez de la crisis de los años 30, el racionamiento y las consecuencias derivadas del servicio con cierta eficiencia. Se crearon paquetes de ayudas para los soldados desmovilizados donde no solo se facilitaba su reinserción en el mercado laboral, sino que se ofrecían acceso a formación superior, domicilios y otros beneficios que permitían crear nuevos núcleos familiares.

Junto a eso, las políticas de conmemoración con desfiles de la victoria, días y festividades nacionales, museos, lugares de memoria, filmes y literatura construyeron un relato memorístico colectivo integro que elevaba a los combatientes a grandes héroes del país, dentro de una narrativa nacional que relegaba el trauma a un segundo plano. En la URSS, los veteranos soviéticos como tal no eran ensalzados como los conquistadores del Reichstag berlinés o los vencedores sobre el fascismo, sino que era Stalin y la madre Patria los que se encumbraban en el discurso de la victoria. Lo mismo sucedía con los heroicos marines de Iwo Jima o los aguerridos pilotos británicos de la batalla por Inglaterra, donde el éxito se conmemoraba dentro de un esfuerzo patriótico general y la identidad del soldado se difuminaba entre eslóganes de victoria e imágenes generalizadas por la industria comercial. La figura del combatiente individual quedaba desvanecida entre campañas, relatos y esa nueva guerra industrializada, quedando como un excedente de producción.

Lo que encontramos a partir de la Guerra Fría, la descolonización y las guerras periféricas, fue una deriva de la figura de la excombatiente. Los cambios generacionales, políticos, los nuevos paradigmas sociales y culturales, junto con la naturaleza de los conflictos, definirían otro tipo de actitud frente a la guerra, el trauma y su absorción dentro de la sociedad. En distintos casos, como la intervención estadounidense en Vietnam, la soviética en Afganistán, la invasión argentina de Malvinas o las guerras coloniales portuguesas, se producen procesos paralelamente similares, con unos largos conflictos de carácter colonial que culminaron unas crisis nacionales generalizadas. De ese modo, la guerra y la figura del combatiente surgen como sujetos representativos tanto de un régimen en decadencia como de una

sociedad en cambio, que arrastraría un largo periodo de cambios, asimilaciones, revisionismo y construcción de memoria. En este proceso, la experiencia bélica de los combatientes en esos teatros se estructurará de forma visible y característica mediante construcción de unas identidades que adoptaron elementos, símbolos, dinámicas y discursos surgidos o acondicionados por su vivencia. Símbolos que corresponden con su autodefinición como colectivo, con sus inquietudes, contradicciones y reacciones a su entorno.

Pero para entender cómo se configuran esas culturas de la desmovilización, no basta con ver los cambios de paradigmas de la década. Tanto durante como a posteriori de dichas guerras, se produjeron cambios muy relevantes cuyo análisis nos permite llegar a entender cómo la figura del veterano de guerra moderno se instaló en la sociedad, y como sus discursos de memoria y roles políticos perviven hasta la actualidad.

El reclutamiento y la generación juvenil: el servicio militar obligatorio

La segunda mitad del siglo XX se caracterizó por una sucesión de conflictos periféricos o regionalizados en espacios concretos, dispuestos según las problemáticas derivadas de la geoestrategia de la Guerra Fría y la descolonización. No deja de ser representativo que, en muchos casos, el nombre de esos conflictos terminará por definir a generaciones enteras, un espacio, ambiente y unas circunstancias generacionales.

La década de los 50 y 60 vio la expansión de la clase media y la relativa estabilidad económica, dando lugar a un increíble auge de la natalidad, la familia nuclear y la visualización de la juventud, concebida casi como una clase que llegaría a representar el nuevo paradigma de la sociedad de posguerra mundial. Encabezando una nueva concepción de valores, esa gran masa de población juvenil se erigió como centro contestatario en gran parte de Europa y el mundo Occidental, observando el servicio militar obligatorio como un catalizador de unas sociedades desiguales, con unas problemáticas que tocarían su techo a finales de los 60 e inicios de los 70. Así, las llamadas a filas y las muertes por las guerras se analizaron como una herida más de unas crisis generalizadas que dejaban patentes la quiebra del régimen.

Pero debemos empezar por analizar los factores de aquellos que en términos materiales vivieron las consecuencias directas de la movilización. Es esencial tener en mente la perspectiva del servicio militar universal y obligatorio, que tras la IIª Guerra Mundial se instauró de manera definitiva en múltiples países. Un servicio que seguía el planteamiento de crear grandes contingentes, pensados para un posible teatro bélico similar al europeo de 1945, siguiendo unos parámetros modernos que preveían la tecnificación y sofisticación de armamento. No obstante, las leyes sobre el

reclutamiento no habían estado pensadas para un conflicto moderno y distaban de reflejar una estructura universal igualitaria. Desde el fin de la IIª Guerra Mundial, se planteó la idea de tener reservas de hombres prescindibles para futuros conflictos, mientras las futuras élites intelectuales dedicaban el tiempo de servicio a la formación técnica en pos de la modernización armamentística. Así lo diseñó el general William Hershey, secretario del servicio selectivo estadounidense, creando un sistema de reclutamiento que focalizaba la admisión de chicos de ámbitos trabajadores y minorías, mientras facilitaba las prórrogas por estudios universitarios a jóvenes de clase media. Del mismo modo, en la Unión Soviética la ley de servicio universal de 1967 debía garantizar el servicio militar obligatorio para todo chico de 17 años apto, sin importar etnia, nacionalidad o sector, pero manteniendo la tendencia de eximir a jóvenes cuyas familias pertenecían o eran próximas a los privilegios de la nomenklatura. De la misma manera que países bajo regímenes dictatoriales como el gobierno salazarista o las Juntas militares argentinas, beneficiaron la exención a hijos de élites y clases medias, capaces de pagar cantidades considerables en sobornos, acudir a contactos en la administración o conseguir prórrogas universitarias.

Durante la mitad inicial del siglo, la conscripción obligatoria solía ser un medio para movilizar a la población masculina en situaciones de necesidad crítica y desarrollar valores políticos nacionalistas bajo el ideal de ciudadano. Aun así, en esos conflictos se primaban los alistamientos voluntarios, con una cierta paridad en clase y edad, con una edad que rondaba entre los 23-25 años. El contexto de Guerra Fría en occidente supuso un cambio en esa tendencia. A partir de los años 50, de manera generalizada el servicio en ejércitos modernos se constituía en un 70% de jóvenes bajo la conscripción forzada con una media de 18 años. Por un lado, se respondía a una necesidad de carácter nacional con un deber constitucional, sorteando la indiferencia o impopularidad de dichos conflictos y buscando una justificación social. En un momento en que los discursos nacionalistas o la búsqueda de unas salidas económicas ya no son aliciente para suplir de soldados, se decidió apelar a los deberes constitucionales de aquellas personas que justo acaban de obtener sus derechos políticos como ciudadanos. Por otro, se intentaba resolver otro problema que surgió en la Primera y Segunda Guerras Mundiales, como era los problemas de jerarquía, disciplina y funcionalidad. El general Samuel Marshall analizó en el frente del Pacífico y Corea cómo era que solo un 20% de la tropa era capaz de obedecer órdenes de acción y ejercer daño al enemigo debido a la empatía. De ese modo, se empleó el estudio de Marshall para formar a la nueva generación de reclutas tomando como punto de partida la disrupción psicológica y el acondicionamiento: reducción de la edad de reclutamiento, brutalización y ejercicios colectivos para instruir en conciencia de grupo, aumentar la agresividad, la obediencia y eliminar la individualidad.

Existía otro factor, no menos importante, y es la consideración de la población juvenil como foco de oposición y resistencia. A la asunción del concepto de la juventud en la

pedagogía y la construcción de mercados específicos para ellos, le acompañó la aparición de nuevas corrientes de pensamiento, marcadas por el protagonismo del individuo, la revolución introspectiva y la pseudo espiritualidad; y que respondían de forma beligerante al status quo conservador, inmovilista y tecnocrático de sus padres. Gobiernos como la primera Junta militar argentina, presidida por el general Videla, veía a los jóvenes como inmediatos focos de subversión, manipulables, adictos a las drogas e instigadores del terrorismo, los cuales había que poner en vereda en casa, en la escuela y en la calle. Con la denominada “Noche de los Lápices” en septiembre del 76, suceso de represión de una protesta estudiantil en la ciudad de La Plata que terminó con el secuestro y desaparición de 6 estudiantes, se ponía de manifiesto la actitud intransigente del gobierno frente la nueva actitud juvenil. Antes incluso del golpe de la Junta, el gobierno del militar Arturo Illia observaba a los jóvenes como incorregibles focos subversivos a los que combatir de manera agresiva, como se vio durante la represión a la protesta estudiantil en la ciudad de Córdoba, en mayo de 1969. Tomando ese papel paternalista, los gobiernos y Fuerzas Armadas fomentaron la leva como principal herramienta de propaganda y control social. Mediante la disciplina, ejercicios repetitivos, uniformidad reglamentaria y la constante violencia verbal, se buscaba llevar a un extremo vaciado psicológico y borrar la identidad individual del joven a la vez que disciplinarlo. El hecho de que el servicio en Argentina pasara a ser conocido como Colimba, acrónimo de “corre, limpia barre”, define un poco cómo era entendido dicho proceso para esa generación como un mal tránsito marcado por tareas repetitivas, la extenuación y violencia que pretendía alienar a los jóvenes. Onofre Varela, recluta portugués que sirvió como conductor en Angola, recuerda la frustración y vulnerabilidad que le generó esa primera fase del servicio basado en ejercicios, marchas y uniformización: “El uniforme y la cabeza rapada eran elementos destructores de la individualidad, un intento de hacer que dejásemos de ser nosotros para convertirnos en un cuerpo gigantesco con una cabeza pensante invisible que nos controlaba y ordenaba. Yo dejaba de ser yo. Dejé de tener nombre al recibir un puesto y pasé a ser designado por un número: 191. Para los mandos, yo no tenía sentimientos ni pensamiento propio, no merecía más que ser identificado por un número”⁴.

Dichas circunstancias hicieron que, lo que anteriormente se asumía como un ritual de transición a la adultez, pasara a considerarse una interrupción represora, dañina y conservadora en la vida de los jóvenes, que se complicaba aún más cuando eran enviados a zona de conflicto. Antonio Lobo Antunes, reconocido autor portugués movilizado como sanitario a Angola, describía la leva obligatoria como una parte más de la crisis de un país anticuado, marcado por la tradición, el catolicismo y el discurso fascista gubernamental: “Las tías se instalaban a duras penas en el borde de sillones gigantescos decorados con filigranas de ganchillo, servían el té en teteras labradas como custodias manuelinas y señalaban fotografías de generales fallecidos [...] -

⁴ Varela (2016); pp. 28-29

Gracias al ejército volverás hecho un hombre; Esta profecía vigorosa transmitida a lo largo de la infancia y la adolescencia por dentaduras postizas de indiscutible autoridad se prolongaba con ecos estridentes en las mesas de canasta [...] El espectro de Salazar cernía sobre las calvas pías unas llamitas de espíritu Santo corporativo, salvándonos de la idea tenebrosa y nociva del socialismo”⁵.

Ante tales reticencias no eran sorprendentes situaciones de abuso y vejaciones asociadas a sistemas represivos gubernamentales, como la violencia institucionalizada en el Ejército Rojo (*dedovschina*) o los malos tratos hacia los reclutas durante la dictadura militar argentina. El proceso de conscripción se asumía más fácil de realizar si los reclutas movilizados eran de contextos trabadores y con acceso limitado a la educación, pues se esperaba reducir el impacto social llamando a jóvenes de áreas rurales o focos obreros urbanos con bajos índices educativos. Se fomentaba además una imagen patriótica de las Fuerzas Armadas como centro de formación profesional. Así se promovía el servicio en países como Portugal, donde la crisis derivada de la crisis del régimen y los costes de la guerra colonial afectaba especialmente a los jóvenes en edad laboral. En 1964 a 1974, entre la juventud trabajadora rural portuguesa afectada por un alto desempleo e índices muy bajos de alfabetización, se promovió el servicio como vía para obtener mínimos estudios o acreditaciones útiles para la vida laboral como el carné de circulación. No obstante, la mayoría de dichos chicos no vio sugerente esos alicientes. En su lugar, creció el número jóvenes a la fuga y se crearon complejos entramados de rutas migratorias a Europa.

En otros casos como el Proyecto 100.000, diseñado por el secretario de estado Robert McNamara durante el mandato de Johnson, se pretendió camuflar el reclutamiento obligatorio como una formación profesional para sectores desfavorecidos. Llamando a filas a 260.000 chicos en edad militar de áreas urbanas marginadas o zonas rurales empobrecidas, se quiso promover el ejército como centro de formación profesional especializada. Pronto saltó la polémica al verse que, de ese gran número de chicos, en su mayoría de raza negra, solo un 6% recibió formación técnica, y casi la mitad fue enviada a Vietnam⁶.

Conflictos periféricos y guerra “posmoderna”: los teatros bélicos de la Guerra Fría

La intervención estadounidense en Vietnam o las guerras coloniales portuguesas, al igual que otras guerras como Afganistán, Chechenia o Malvinas, representaron un paradigma respecto a la conducción, movilización y experiencia en conflictos bélicos. Partiendo de cómo se estructuró el servicio militar obligatorio, se enviaba a estos

⁵ Lobo Antunes (2012); pp.15-16

⁶ Westheider (2008); pp. 7-8

reclutas a distintos teatros sin la formación, preparación y material adecuados. Unos espacios de conflicto alejados de los planteamientos convencionales occidentales y que, siguiendo las disposiciones de la Guerra Fría, se situaron en las periferias geográficas coloniales bajo estrategias nuevas y contextos muy específicos, afectando tanto a su desarrollo y conducción como a sus consecuencias y percepción que se tuvo de ésta.

Uno de los primeros elementos a destacar de cómo este tipo nuevo de conflictos generó un cambio en el impacto sobre los combatientes es el auge de la modernización armamentística, la tecnificación y el desarrollo de una nueva guerra pasiva. A pesar de que países como Estados Unidos o la URSS iniciaron un desarrollo armamentístico, todo el potencial militar moderno no pudo hacer frente a la estrategia de la insurgencia y la guerrilla armada. Iniciada siglos atrás como una manera de hostigar y ralentizar a un enemigo invasor mediante sabotaje y escaramuzas, aprovechando el conocimiento del terreno y el apoyo de la población, el siglo XX sofisticó dicha estrategia mediante los movimientos de liberación nacional coloniales. Las guerrillas nacionalistas, aprovechando a su vez parte de ese desarrollo en armamento, podían emplear su experiencia sobre el terreno para mantener una guerra de desgaste. Una estrategia que beneficiaba a quien tiene la determinación social e ideológica de mantenerla sin importar el coste ni la espera, a diferencia de una leva de reclutas forzadas.

Los ejércitos occidentales de la posguerra mundial siguieron formando a la tropa en parámetros de combate y estrategia de movimientos y posiciones para un escenario similar al europeo, en el cual no había preparación para la contrainsurgencia. Dejarían las operaciones quirúrgicas contrainsurgentes en focos enemigos a cuerpos de élite, apoyados por fuerzas coloniales indígenas; mientras la ocupación y las operaciones rutinarias recaían en tropa conscripta y al apoyo del poder armamentístico.

En la mayoría de las ocasiones, el soldado recién salido del campamento era desplazado a los países en conflicto de manera individual, siguiendo una estrategia de propaganda para reducir el impacto mediático. Las primeras unidades modernas solían salir íntegras del proceso entrenamiento básico, con tal de fomentar el sentimiento de camaradería y funcionalidad colectiva. Pero en un entrenamiento donde lo que se fomentó fue la adaptación al estrés y la respuesta violenta, la poca cohesión que podía aparecer durante la formación desaparecía cuando se optaba por desplegar a los reclutas individualmente como reemplazos individuales de bajas o servicios finalizados. Esa escasa cohesión podía desembocar en tensiones cuando se juntaban factores étnicos y raciales, en especial si existía alguna conexión cultural con el enemigo, como en el caso de soldados negros de las colonias en el ejército portugués, o las violentas reyertas entre soldados soviéticos eslavos y centro asiáticos musulmanes, como describió el corresponsal de *Ogoniok* Artyom Borovik en sus artículos:

“En una de mis compañías, los uzbekos decidieron formar su propia banda y empezar a aterrorizar a la minoría rusa”, dijo [el oficial] Ushakov.” Así que me vi obligado a enseñarles algo de terror ruso. No entiendo este tipo de cosas”⁷.

Se añade que dichos reclutas entraban a una guerra donde la temporalidad era abstracta. Se programaba un servicio de uno o dos años, después de los cuales el soldado era devuelto a la vida civil. La fragmentación de la unidad, los servicios temporales y los reemplazos, junto con el desplazamiento en transportes civiles a países en guerra, irrumpirían en la mente del recluta, que no podía definir bien límites entre el mundo marcial y el civil. Estados Unidos y la Junta militar argentina emplearon los aviones comerciales como modo de distraer la opinión pública respecto a la movilización a la guerra, lo mismo que Portugal empleó buques comerciales y aviones Boeing 707. En el caso argentino, el reemplazo o distribución de la tropa fue distinta, pero es representativo para observar la importancia de ese factor en la funcionalidad de las unidades. Mientras se llamó a filas a los chicos de clase 1962 ya licenciados, también se movilizó a la del 63, que estaba en pleno proceso de formación. Una de ellas ya había retornado a la vida civil, mientras la otra llevaba apenas unas semanas de entrenamiento. Durante el cerco y defensa de Puerto Argentino, las unidades de combate se rehicieron, combinando a los conscriptos con unidades profesionales, rompiendo la cohesión, el liderazgo de los mandos y la efectividad de la unidad. Por otra parte, aquellas que permanecieron juntas desde el entrenamiento como las unidades de artillería, demostraron una mayor efectividad en su desempeño.

Ante la organización de guerrillas, los ejércitos de las potencias empleaban la táctica conocida como “búsqueda y destrucción”. Sin tener capacidad real de controlar el territorio ocupado, se lanzaban misiones con tropa regular con la intención de hacer salir al enemigo. Una vez fuera, el objetivo era aniquilarlo con el superior poderío del bombardeo aéreo y artillero. Pero el uso de tropa como señuelo no fue fructífero, y las operaciones y ofensivas en general acababan en fracaso, pues siempre era la fuerza guerrillera la que podía y decidía plantear los términos del combate a su conveniencia al conocer el terreno. En cambio, las tropas ocupantes eran blancos fáciles, y las bases lugares fáciles de ser hostigados continuamente. El material militar era un factor muy importante en este sentido, pues siempre era escaso o no se había formado a los soldados en su empleo correctamente. Uniformes no aptos para el clima, munición incorrecta o escasa, armas anticuadas, falta de material de comunicaciones o fusiles, eran problemas comunes.

En esos teatros sin frentes definidos ni capacidad de control real, dejaba de existir una retaguardia clara, con un enemigo capaz de camuflarse y llevar la iniciativa. Por otro lado, las pocas veces que se planteaba un gran enfrentamiento, los objetivos eran posiciones inútiles, que se abandonaban tras el combate y eran rápidamente

⁷ Borovik (1990); p.153

reocupadas por los combatientes enemigos. Ni siquiera las bases suponían espacios de paz, ya que estaban situadas en áreas críticas, fronterizas o con presencia enemiga, por lo que los ataques podían ser de frecuencia diaria. Bases y puestos de control podían pasar días en un crispante estado constante de alerta que no hacía más que bajar la moral. El uso de artefactos explosivos como las minas antipersona o anticarro, plagadas alrededor de caminos, carreteras, puentes y demás rutas supuestamente bajo zona de influencia, terminaban por cimentar ese factor de inseguridad y miedo constante, difuminando completamente esa débil línea entre el frente y la retaguardia. Muchos veteranos de Vietnam, Afganistán, Angola, Mozambique y Guinea insisten en sus testimonios en la constante ansiedad que la presencia de minas generaba en su día a día en servicio, y en casos como el portugués constituían la principal causa de bajas⁸. Ese desdibujado de las líneas también se producía en otras circunstancias distintas a la guerra de insurgencia, como se observa en el contraataque británico tras la invasión de Malvinas, en la que se produjo una guerra defensiva alrededor de la capital y centro de operaciones, Puerto Argentino. Los reclutas y otras fuerzas profesionales se dispusieron en cotas y posiciones defensivas, formando grupos mixtos con armamento medio y ligero insuficiente como fusiles FAL deteriorados o pistolas ametralladoras PAM inútiles para largas distancias. Siendo acosados constantemente por la artillería naval fuera de sus campos de visión, las operaciones de infiltración de los comandos y el bombardeo nocturno, se produjo un descontrol de las líneas de frente. Argentinos y británicos podían pasar de una línea a otra sin notarlo, incluso ser víctimas de sus propios campos de minas.

Se crea así un espacio que denominaríamos guerra pasiva: un tipo de guerra donde la tropa, desconectada, incapaz de plantear el enfrentamiento, sin diferencia entre vanguardia y retaguardia, sin siquiera observar al enemigo, sufre el constante desgaste de los ataques sin poder responder a ellos o desarrollar alternativas de reacción. Sin esa distinción clara de los espacios y periodos de combate que alternen fases de estrés y descanso, era habitual que soldados más veteranos introdujeran de manera abrupta a los recién llegados a esa situación mediante rituales de iniciación. La observación de restos humanos o la mutilación de cadáveres eran rituales habituales. Soldados estadounidenses hablan de la mutilación de cráneos como rito de iniciación contra la aprensión y la empatía. Algunos soldados de las unidades aerotransportadas o de *cazadores* (infantería) portugueses se habituaron a recolectar orejas, manos o cabezas de rebeldes en Angola o simular ejecuciones de auxiliares o prisioneros frente a los nuevos reclutas. Soldados soviéticos en cambio eran introducidos mediante los abusos de veteranos hacia los recién llegados, mientras los conscriptos argentinos eran iniciados con castigos como el “estaqueamiento”⁹.

⁸ Venter (2015); p.54

⁹El “estaqueamiento” consistió en un método de castigo y tortura empleado por los mandos argentinos durante la campaña de Malvinas sobre reclutas acusados de insubordinación o delitos como robo, especialmente polémico respecto a violaciones de derechos humanos y la memoria del

Todo esto desencadenó un síndrome nuevo en la experiencia bélica, lo que la psiquiatría estadounidense denominó *self survivor síndrome*. El soldado, sin objetivos, discursos o campañas de apoyo, no encuentra ninguna otra motivación ni sentido en su experiencia que seguir vivo. Al no existir una causa legitimada o un trasfondo ideológico, y mucho menos conocer el país en el que ha sido destinado, ni razones para justificar acciones o excesos cometidos, el soldado no interpreta ningún sentido a su estrés y trauma. El discurso gubernamental de la lucha contra el comunismo, la defensa del territorio nacional o el apoyo internacionalista, no calaron en una juventud alienada que desconocía aquellos lugares tan alejados, complejos y distintos de su cotidianidad, con una población que se manifestaba distante o activamente opuesta a su presencia. Tampoco lo harían filmes bélicos o documentales, que con discursos paternalistas y patrióticos intentaban exaltar la predisposición de los jóvenes al servicio. Por otra parte, al no existir una cohesión de grupo clara, era complicado que un soldado encontraría apoyo en sus compañeros, que tarde o temprano marchaban habiendo cumplido su servicio.

Ese deseo expreso de mantenerse con vida como único objetivo generaba más sinsentido, y a medida que se acerca el fin de su comisión, se generan otros trastornos como el síndrome *short-timer*. Trastorno psicológico generado por el inminente fin de la comisión, generaba síntomas como la hipervigilancia, estado de alerta, obsesión y estrés constante, que se acrecientan a medida que la fecha de partida se acerca, pero el peligro no cesa. Dicho síndrome solía reflejarse en la obsesión que los soldados desarrollaban con los calendarios, dibujándolos en cascos, paredes, blindados y demás. Las políticas militares en esta tipología nueva de conflictos y sus características trajeron unas reacciones singulares entre la tropa. Por un lado, tendremos reacciones de abusos, descontrol, crímenes y violaciones de derechos humanos, causado por las presiones de los mandos y sus estrategias militares y que serían ampliamente cubiertas por los medios. El número de enemigos abatidos, de armas y material capturados, suponía para la oficialidad un avance en su campaña, ya que se creía desgastar a las fuerzas rivales. Sin embargo, esa lectura era errónea, no solo porque el material y las fuerzas nacionalistas seguían con sus campañas, también porque en su mayoría de casos eran recuentos falseados, fruto de la presión de altos mandos para obtener informes y de la prensa con tal de obtener noticias morbosas que siguieran la sintonía de las sensacionalistas "*bang-bang stories*". Esa presión hecha sobre las unidades con tal de ofrecer resultados a los oficiales, junto con la presión y el estrés constante de los soldados, dieron lugar a terribles masacres de civiles. El estrés contenido solía estallar

conflicto y la dictadura militar. Dicho castigo consistía en encadenar a un recluta sin ropa de abrigo o calzado a un poste vertical o a pequeñas estacas en el suelo a la intemperie, con la intención que éste sufriera las inclemencias de las bajas temperaturas. Muchos de los reclutas, ya afectados por las malas condiciones de alimentación y abrigo, sufrirían de congelación, hipotermia, y afecciones pulmonares permanentes.

de manera descontrolada y canalizado a través de la violencia contra aquellos a los que han sido condicionados para eliminar. Cabe recordar que, desde el campo de entrenamiento, los reclutas han sido sometidos a procesos de brutalización verbal y física, donde el discurso racial de odio contra los que serían sus enemigos se exacerbó hasta el máximo con tal de fomentar su agresividad. Palabras despectivas como “*gook*” o “*dink*”, palabras surgidas en Corea a modo despectivo racial, eran vocablos comunes para referirse a los vietnamitas. “Turra” (rabioso) y “preto” (negro, en sentido despectivamente peyorativo) era denominaciones racistas generalizadas para guerrilleros y civiles angoleños, mozambiqueños o guineanos, del mismo modo que el adjetivo de “bandidos” era empleado por el Ejército Rojo hacia la población afgana. Los mandos argentinos describían a los británicos como seres “moral y sexualmente degenerados,” que traían a tropas mercenarias de “salvajes incivilizados” como los *gurjas* nepalíes. Masacres como la de My Lai en 1968 no fueron hechos aislados, pero tampoco fueron fruto de soldados enloquecidos sedientos de sangre como los medios y la cultura popular tendieron a recrear. Campañas enteras destinadas al genocidio, como la del Delta del Mekong, Quang Ngai y Cu Chi, fueron orquestadas por grandes mandos, convirtiendo áreas de civiles en zonas de fuego libre y presionando a las unidades para conseguir altos resultados en recuentos de cuerpos. Exactamente el mismo procedimiento que el general Kaulza de Arriaga orquestó entre mayo y octubre de 1971 en la región de Mucumbura, Mozambique, y que se repitió en diciembre de 1972 en la provincia de Tete, con más de 400 civiles masacrados¹⁰. Las campañas de “Conquistar corazones o cortar cabezas” se extendieron a Guinea y Angola, como la masacre de Quimbaxe, con 200 civiles quemados vivos en sus casas o decapitados, hasta el mismo fin de la guerra en 1974¹¹.

Pero en el otro extremo, ese mismo estrés y las presiones de los mandos llevaron a reacciones totalmente opuestas y desafiantes hacia la disciplina y jerarquía militar. Las desertiones y las ausencias sin permiso llegaron a ser un problema diario, junto con la desobediencia y la evasión del servicio. Para ello, el consumo de drogas, empleado como modo de automedicación por la tropa, apareció también como arma de resistencia pasiva. Es conocido popularmente el uso de marihuana entre la tropa estadounidense, consumida de manera regular como tratamiento ante la ansiedad y la depresión por un 60% de la tropa en 1971¹². Pero también era empleada como ritual de cohesión y resistencia. Mediante consumo colectivo de sustancias, podían boicotear una misión simplemente no estando en condiciones para la acción. En el caso soviético, su consumo podía anular operaciones enteras. El consumo extendido de hachís entre los soldados ocasionó actos como la venta de armamento y munición a los propios guerrilleros muyahidines a través del bazar de Kabul.

¹⁰ Guerra (1994); p.294

¹¹ Guerra (1994). p.295

¹² Cortright (2005); p.20

Mas característica fueron las acciones de resistencia activa, donde no solo se describía la negativa a participar en acciones armadas, sino también agotamiento y rechazo contra la jerarquía castrense y la guerra. Motines, desertiones, violación del código militar, sabotaje; eran acciones más habituales de lo que se acostumbra a pensar, ya desde temprano inicio de los conflictos. El 30 de Julio de 1966 tres soldados estadounidenses, Dennis Mora, James Johnson y David Samas, se negaron a ser desplegados en Vietnam alegando que se trataba de una guerra “*ilegal, inmoral e injusta*”, en un comunicado oficial que realizaron en un evento del *Peace Parade Commite* en Nueva York. Tras señalar que ese mismo sentimiento era extendido entre muchos de sus compañeros, desmoralizados por una guerra que no entienden y por una institución que priva sus derechos, añadirían:

"[En el ejército] se nos ha dicho que muchas veces nos encontraremos con una mujer o niño vietnamita y que tendremos que matarlos[...] (Sólo los estadounidenses son lo suficientemente aislados y ciegamente proamericanos para ser relativamente inmunes al horror)¹³.

Otros casos, como las guerras coloniales portuguesas, se caracterizaron por numerosas desertiones individuales y colectivas, y refracciones¹⁴, con entramadas redes de huida, apoyo social y legal extendidas por Europa occidental y que podían atravesar el continente africano. Dichas desertiones, que podían partir de una decisión individual buscando la supervivencia del individuo, rápidamente tomaban un matiz político y representativo de la generación juvenil lusa. Así lo fue el proceso de Eduardo Cruzeiro, recluta que desertó en Guinea-Bissau y fue detenido en España, levantando un mediático caso internacional en que fue sentenciado a 18 meses y amenazado con la extradición y pena de muerte¹⁵. Mas resonado fue el caso de los 10 oficiales de la Academia Militar de Lisboa en septiembre de 1970, el cual se convirtió en un ejemplo mundial de como los soldados en servicio, al conocer su próxima movilización a las colonias, preferían desertar a otros países como Bélgica o Suecia. Partidos en la oposición y asociaciones de exiliados políticos, como los movimientos de estudiantes en el exilio o el Partido Comunista Portugués, junto con los mismos partidos nacionalistas y frentes de liberación anticoloniales, harían propaganda ideológica de dichas desertiones, que terminarían por sumar más de 9000 casos entre 1961 y 1974¹⁶.

Otras medidas se caracterizarían por ser más drásticas. En Vietnam, entre 1969 y 1907, se contabilizaron 563 asesinatos de oficiales y suboficiales por parte de la tropa, y otros

¹³ «Fort Hood Three» *Fort Hood Three Defense Commite* (1966): p. 7

¹⁴ *Se diferencia refracción de desertión cuando hablamos de aquellos sujetos que, habiendo sido llamados al reclutamiento obligatorio y habiendo pasado la inspección médica militar, no se presentan a servicio. En el caso portugués, Miguel Cardina y Susan Santos estimaron que en Portugal se produjo una fuga de entre 10.000 a 20.000 refractores a países de Europa.* Cardina (2023); p209

¹⁵ "L'Espagne va livrer un déserteur portugais à la police de son pays", *La Gauche* (1969)

¹⁶ Cardina; Santos (2019); pp.36-37

363 los dos años siguientes¹⁷. Estos sucesos, como el caso del soldado Doc Hampton en la base Peace en 1971 quien mató a su sargento por el maltrato constante a la tropa, revelaban no solo un rechazo a la guerra, sino también a la institución militar, su disciplina y valores¹⁸. Medidas tan violentas como éstas se dieron en otros espacios; por ejemplo, entre los soviéticos destacados en Afganistán. Pero el rechazo a la oficialidad mediante la burla, la ignorancia o la pasividad continuó siendo la más común. Actos de rebeldía que crecieron progresivamente con el colapso de la escalada bélica como muestra de una crisis generalizada en las Fuerzas Armadas, continuando incluso durante la desmovilización. Así sucedió con la abierta rebelión de los conscriptos argentinos contra la oficialidad durante su condición de prisioneros de guerra, su retorno y encierro en las bases, y las ceremonias conmemorativas en las que desafiaban la autoridad del estamento militar. Incluso es interesante considerar que esas reacciones de mofa y rechazo nutrieron un sentimiento antimilitarista general, que, quedaron impregnados en la cultura popular. Canciones irreverentes como *Botas Locas* del dúo folk rock argentino *Sui Generis*, o *Kiss my ass* de Country Joe McDonald, fueron cantadas desde la voz de unos cantantes que fueron reclutas hastiados del servicio en su momento, y que se tornaron a su vez himnos de esa cultura de resistencia.

Parte de esa construcción de las culturas de combatientes en torno al trauma y la desafección, se estructuró precisamente mediante influencias de dinámicas y símbolos culturales de protesta propios de sus compañeros generacionales. John Laurence, corresponsal en el sureste asiático de la CBS en 1971, definía en pantalla a los soldados a los que seguía en la selva, jóvenes con cabellos largo, medallones pacifistas y actitud rebelde, como la “generación de Woodstock en Vietnam”¹⁹. Se puede observar de manera detenida en la estética y los símbolos representativos de la tropa: Pelos largos, elementos adheridos a los uniformes de combate como símbolos pacifistas, eslóganes o frases ácidas, gestos, música rock, y otras violaciones de los códigos de uniformidad militar. A partir de los 60, aparecen por primera vez guerras con banda sonora independiente, y no es que anteriormente no existieran canciones escritas por y para la guerra. Pero en ausencia de campañas mediáticas con composiciones militaristas que sirvieran de legitimadores, la música popular asociada a esa generación juvenil tomó rápidamente el relevo, escribiéndose centenares de canciones críticas o pesimistas para con la guerra. A su vez, casi como un fenómeno generalizado, reclutas de todas partes asociaron su experiencia a canciones, aunque en ellas no se especifique siquiera el conflicto: el rock y la psicodelia con la obtusa percepción de la tropa en el Sureste asiático, el omnipresente fado portugués que acompañaba a los reclutas lusos en la radio o en guitarras personales, o el rock nacional argentino que organizó conciertos contra la dictadura militar y en defensa de los “chicos de la guerra

¹⁷ Mosser (1996); p.48

¹⁸ Boyle (1972); p.9

¹⁹ Laurence (Julio de 1970)

“. Incluso, llegaría a ser un fenómeno que se materializó con composiciones propias de los combatientes, con letras que narraban sus experiencias. Encontramos un caso muy representativo en las canciones *afgantsi* y los bardos de guerra, una tradición que derivó de la influencia del folk y el rock ruso. Soldados soviéticos compondrían sus propias canciones, a veces empleando melodías populares, grabándolas en radios o magnetófonos de campaña. Muchas de ellas fueron llevadas de vuelta, siendo publicadas por asociaciones de veteranos, hasta convertirse en un fenómeno bastante popular, apareciendo grupos de rock de veteranos como *Kaskad*, *Kontingent* o *Golubye Berety*²⁰.

Por supuesto, no todos los soldados pasarían por los mismos procesos de manera homogénea ni se verían afectados en el mismo grado por dichas condiciones. Cabe añadir un elemento más a la mezcla, como lo fue la disparidad de tipologías de servicio. Se refiere a que, pese a la poca efectividad logística, la tecnificación masiva e industrialización de la guerra requería de un ingente número de reclutas para hacer funcionar sus engranajes internos. Eso significaba que 2/3 de la tropa servía como tropa de servicio, conductores, transportistas, asistentes, mecánicos, ocupación, policía y administrativos, mientras el 30%-25% aproximadamente estaba en unidades de combate bajo acción constante. Aunque eso no implicaba que estuvieran aislados de los peligros del fuego o las inclemencias, en especial aquellos soldados adscritos a transporte, se producían experiencias muy dispares. Lo mismo sucedió con soldados de cuerpos más técnicos y elitistas como los pilotos de la fuerza aérea. Mientras que, en las guerras mundiales, las tasas de muertes entre pilotos u oficiales eran más elevadas, similares a lo que la tropa de infantería podía experimentar, las de la segunda mitad del siglo XX representaban un paradigma distinto. Oficiales, pilotos, mecánicos o reclutas oficinistas apenas eran afectados por el trauma y el desgaste psicológico de matar, pero un conductor de un convoy militar o un servidor de artillería padecían el mismo estrés y ansiedad que un soldado en misión. Su exposición, necesidades, afecciones e impacto del trauma eran muy distintos, y sin un discurso unificador y una ideología legitimadora, las memorias de lo que suponía para un soldado la guerra moderna eran tan dispares como individuales. Había tantas guerras como soldados que participaron y, de manera relativista, esas experiencias no monolíticas ni hegemónicas evolucionaron con los años considerando los factores de los entornos en las que se tradujeron. En muchos casos, esas experiencias coexistirían e influenciarían en diversos grados a otros discursos dentro de la política del recuerdo, tanto como una memoria silenciada incómoda y difícil de digerir, o como relatos reversionados adaptados a una realidad aceptada por consenso, lo que Pierre Bourdieu definió como memorias ilusorias.

²⁰ Soler (2022); pp.178-179

Trauma, memoria y construcción del excombatiente

El novelista Tim O'Brien, veterano de Vietnam y autor del relato *Como contar una historia de guerra*, describía su experiencia en Vietnam como un relato sin fin, cambiante y ambiguo, que difería de la de sus compañeros, a pesar de su mismo espacio y sucesos comunes. La comparaba con una experiencia material, en términos de objetos con los cuales se evoca el origen y procesos personales, sus trasfondos culturales y familiares, y las circunstancias que marcaron su paso por la guerra de Vietnam:

“Las cosas que llevaban eran determinadas, en general por la necesidad: Entre las indispensables o casi indispensables estaban abrelatas P-38, navajas de bolsillo, pastillas para encender fuego, relojes de pulsera, placas de identificación, repelente de mosquitos, chicles, caramelos, cigarrillos, tabletas de sal, paquetes de Kool-Aid, encendedores, fósforos, aguja e hilo de coser, certificados de pagos militares, raciones de campaña y dos o tres cantimploras. En conjunto estos objetos pesaban entre cinco y siete kilos [...] Henry Dobbins que era corpulento, llevaba raciones suplementarias [...] Dave Jensen, que no descuidaba la higiene ni en campaña, llevaba un cepillo de dientes, hilo dental y varias pastillas de jabón [...] Ted Lavender, que no se quitaba el miedo de encima, llevaba tranquilizantes hasta que le pegaron un tiro en la cabeza en las afueras de la aldea de Than Ke [...] Todos llevaban cascos de acero que pesaban más de dos kilos [...] Llevaban guerreras y los pantalones de faena de reglamento. Muy pocos llevaban ropa interior. En los pies llevaban botas de la jungla y Dave Jensen llevaban tres pares de calcetines. Hasta que le pegaron el tiro, Ted Lavender llevaba doscientos gramos de droga de la mejor calidad. Que para él era una necesidad. Mitchell Sanders llevaba condones. Norman Bowker un diario. El Rata Kiley llevaba tebeos. Kiowa, bautista devoto, llevaba un Nuevo Testamento Ilustrado que le había regalado su padre [...] también llevaba la desconfianza de su abuela hacia el hombre blanco y la vieja hacha de caza de su abuelo. La necesidad imponía que llevaran más cosas”²¹.

O'Brien habla desde una mirada intimista y personal que recuerda esa experiencia plural de los combatientes. Soldados que sufrieron el constante estrés, la pérdida o el daño físico de modos muy distintos según sus orígenes, el momento y lugar, al igual que como O'Brien describe en términos materiales al enumerar los objetos que sus compañeros llevan en misión y que representa también esa industrialización masiva de la guerra moderna.

Los soldados movilizados podían sentir esa guerra bajo una percepción aislada, muy ligada a las sensaciones y sentidos tan específicos del combate, pero no así lo hizo la sociedad en general, que no estaba ni mucho menos lista para reintegrar a colectivos de excombatientes. La mala planificación y el estado de agitación política no ayudó a la creación de planes de integración de los soldados. En su lugar, los estigmas de la derrota, la violencia y el trauma establecieron unas etiquetas a todos los niveles que

²¹ O'Brien (1994); p.9

sometían a los veteranos a procesos de victimización y demonización. Por un lado, los excombatientes y sus necesidades sin atender de reinserción, junto con otros aspectos de la conducción de la guerra y el reclutamiento, focalizaron un estado de marginación social generalizado. Aquellos de sectores más empobrecidos, clases trabajadoras y minorías étnicas, precisamente los más expuestos a la violencia y el estrés, serían los más afectados por esa victimización, al carecer de los recursos materiales y administrativos necesarios.

Por otro lado, tenemos la demonización sociocultural, ya que el excombatiente conscripto se torna una especie de cabeza de turco de la década, una víctima y a la vez artífice de una crisis estatal, que se atomiza en la guerra como catalizador de todas las problemáticas nacionales. A diferencia de reformas como la *GI Bill* estadounidense, estos veteranos se encontrarían con leyes de reinserción anticuadas o con beneficios menos que simbólicos.

Esa victimización/marginación se vio bien temprano con los momentos inmediatos a la desmovilización. Unas retiradas individuales, sin proceso de descompresión y aclimatación desde el frente, y que habitualmente se realizaban de noche para evitar el impacto político. De nuevo, O'Brien, en otro de sus relatos concentra en una frase la reacción frente a ese retorno casi clandestino: "Un cartel permanente en el hall decía "Bienvenidos a casa retornados". Retornados es una palabra que nadie usa"²².

En los países de la antigua URSS, el excombatiente *afgantsi* era reconocido rápidamente como *nizi*, un asocial definido por la brutalidad bélica, drogas y la decadencia generacional paralela a la fractura del socialismo. Incluso aquellos fallecidos en Afganistán pasaban por un proceso similar, siendo llevados a los familiares de noche, a veces sin notificación previa de la defunción, depositados en contenedores de zinc militares repartidos por taxistas, funcionarios o policías locales. El velatorio y entierro público estaba prohibido por razones políticas con tal de invisibilizar el impacto de la guerra, llegándose en ocasiones a negar la colocación de fotografías o el año de defunción. No obstante, no se pudo ocultar con el destape de las tramas de corrupción y tráfico protagonizada por oficiales del Ejército Rojo, los cuales traficaron con drogas y productos de consumo occidentales empleando los ataúdes de los soldados fallecidos. Con ello, se destacó un impacto en vidas humanas entre la población soviética de una guerra ajena, que además era empleada como herramienta para fomentar la corrupción.

Se popularizó su imagen colectiva como despojo viviente de ese periodo de crisis, a la vez que se invisibilizó su rol en los contextos políticos nacionales, como los excombatientes argentinos y portugueses y su activismo durante sus respectivos procesos de

²² O'Brien (2006) p.202

transición política. Por otro lado, ese constructo peyorativo asociado a la resaca postcrisis invisibilizó las experiencias individuales y grupales de los excombatientes, sustituyéndolo por explosivos estereotipos de trastornado, sociópata o drogadicto. El caso más popular de los veteranos estadounidenses, popularizado en los setenta por filmes como *Taxi Driver*, se ajustaba más a campañas mediáticas y a la incapacidad de los sectores sanitarios, políticos y sociales. En reportajes y documentales como *Interview with Mi Lai Veterans* o *GI Junkies* se culpabilizaba a estos veteranos por sus conductas agresivas y nocivas, sin indagar en sus contextos, necesidades y consecuencias, pasando por alto realidades como que más del 70% de los veteranos dejó de consumir drogas en Vietnam, o que grupos de exsoldados como *Vietnam Veterans Against the War* fueron quienes denunciaron públicamente crímenes de guerra y campañas de exterminio. Del mismo modo, se extendió tanto en medios de comunicación como en ámbitos médicos el término síndrome de Vietnam, en referencia tanto a la mayor visibilidad de los efectos del estrés postraumático en combate como también a esa construcción cultural que se difundió. Lo mismo sucedió con los soviéticos, argentinos, portugueses u otros sujetos como los israelíes en el Líbano o de nuevo los estadounidenses en el Golfo. Se estigmatizó sus necesidades derivadas del servicio como un síndrome o patología, a la vez que se asoció con trastornos psicopáticos o conductas nocivas.

La marginación también podía venir desde el paternalismo victimista. La baja edad de los soldados, que volvían a casa con 19 o 20 años, llevó a que familiares o instituciones deslegitimaran su experiencia, considerando que la mayoría de edad legal era de 21 de manera generalizada. Los grupos de padres y madres de soldados, que se dieron en gran cantidad de países, representaban esa disonancia entre memoria, experiencia y la validación de éstas. La Comisión de Madres de Soldados rusos o el grupo de Padres de Soldados de Malvinas, nacidos de la necesidad de protestar ante la movilización y condiciones de servicio, pronto se convirtieron también en órganos de asistencia y ayuda a familiares de excombatientes. Dalmiro Bustos, doctor que fundó el grupo de Padres de Soldados en la ciudad de la Plata, advertía de las consecuencias de la experiencia en Malvinas, pero asociaba a ella un valor de inmadurez juvenil descontextualizada de la cotidianidad familiar, casi como una experiencia transitoria de rebeldía adolescente:

“Nuestros hijos no habían salido aun de nuestra tutela protectora. Es decir, su capacidad de enfrentar el peligro era, en general, muy poca. [...] Cuando los muchachos ya no tengan que apretar los dientes y aguantar, van a aflojar y nos van a tener que encontrar dispuestos a no pedirles cordura ni conductas razonables”²³.

²³ Bustos (1983); p.61

Las madres rusas, a través de comisiones locales y cartas a diarios e instituciones, iniciaron su lucha por el retorno de sus hijos de Afganistán; pero a la vez que reafirmaban la descontextualización ideológica del servicio de los soldados soviéticos, desautorizaban la experiencia de los excombatientes:

“Nuestros hijos no le deben nada a los afganos. Fueron enviados allí para cumplir su misión internacionalista. Tienen deberes que cumplir solo con sus padres que les dieron la vida y con su patria. En cuanto a que somos malos padres les permitimos salir”²⁴.

No debe obviarse que la victimización/demonización se afianzó por el factor de la derrota nacional y los cambios de gobierno acompañados de la desconfianza popular en la vieja política. Siendo veteranos surgidos de la conscripción obligatoria, se vio en el factor de la derrota una banalización de su servicio. Por otro lado, la marginación de las necesidades y experiencias de los veteranos, negándoselas la conmemoración pública, respondía a la necesidad de los estados de invisibilizar un fracaso y asociar la derrota y sus consecuencias a los gobiernos anteriores al cambio. Procesos en el que las organizaciones tradicionales de excombatientes y asociaciones patrióticas también participarían, negando el reconocimiento y el acceso a beneficios de esas nuevas generaciones de combatientes. Ese rechazo a su experiencia por instituciones políticas, sociales y por la memoria de otros combatientes predecesores no dejó de percibirse por estos nuevos veteranos como una emasculación.

Ciudadanos-soldado: Culturas de resistencia frente a revisionismo nacionalista

En respuesta a esa demonización y victimización de la desmovilización, se produjo como alternativa la organización autónoma de sectores de veteranos, permaneciendo de manera independiente a las organizaciones del estado y tomando como causa política tanto la reinserción de combatientes como el discurso memorístico. El discurso de oposición gubernamental venía, en la mayoría de los casos, acompañado de un discurso social que equiparaba las necesidades de los combatientes con las del resto de la sociedad o con el cuerpo de la nación, y para ello emplearon con asiduidad el discurso del ciudadano-soldado. Aunque el término pertenece concretamente al discurso radical revolucionario estadounidense de Thomas Paine, éste se extrapoló por veteranos de VVAW mediante su activismo antibelicista. Al mismo tiempo encontramos principios y actitudes muy parecidas en otros colectivos, con distintos bagajes e ideologías. Soviéticos, argentinos y portugueses, consideraron su experiencia de combate y en su categoría de conscriptos como un principio legítimo para defender unos derechos civiles nacionales y acceder al ejercicio de la política: aquellos que han luchado siguiendo

²⁴ Ogoniok , Enero 1987

un deber constitucional, son los óptimos para defender los derechos del pueblo ante desigualdad, crisis o malos gobiernos²⁵.

Sin embargo, son discursos que solo encuentran lugar en circunstancias excepcionales. Esos nuevos grupos de veteranos activistas no trascendieron más allá del conflicto o crisis que los enmarcan. En el caso soviético, la intervención en la guerra civil afgana dejó unos 400.000 jóvenes heridos, de los cuales 11.000 aproximadamente tenían minusvalía. Aunque el Comité Central del Partido aprobara ayudas especiales en transporte, sanidad, pensiones, prótesis y vivienda, la creciente corrupción y la extensa burocracia local hicieron que esos beneficios no existieran de facto. Se sumaba el gran número de jóvenes veteranos sin formación profesional ni académica para desempeñar trabajos en la vida civil. Sin acceso a trabajo como requisito obligatorio, estos no podían beneficiarse de las políticas sociales soviéticas como el derecho a vivienda, uno de los problemas más extendidos en toda la URSS. Muchos veteranos, incapaces de encontrar trabajo y aprovechando su experiencia militar, se unirían al *Komsomol*, las juventudes del Partido Comunista, o a grupos de educación patriótica, como entrenadores de campamentos paramilitares para niños y adolescentes. Alrededor de estos grupos aparecieron los primeros clubes de veteranos, al margen de la administración estatal. Mediante redes de apoyo, campañas locales o eventos conmemorativos, como conciertos de música o venta de cancioneros de veteranos, se pretendía recaudar dinero para financiar la asistencia a excombatientes y familiares. En 1989-1990 se constituyeron así los tres grandes grupos *afgantsi* en Rusia: la Unión de Veteranos de Afganistán (SVA), la Unión Rusa de Veteranos de Afganistán (RSVA), escisión constituida por oficiales y tropa de élite, y la Asociación de Veteranos de la Guerra de Afganistán de Leningrado (LAVVA). Unas organizaciones que pretendían dar un paso más allá y pasar del simple asociacionismo de autoayuda a una fuerza política. Ese salto en parte se precipitó por el surgimiento de una nueva ultraderecha rusa y su alianza con sectores tradicionalistas comunistas. Unidos por el discurso nacionalista y patriótico, que tendría mucho eco entre jóvenes veteranos recién desmovilizados, se crearon grupos locales *afgantsi*, los cuales tendieron a organizar a su vez bandas de vigilantes y clubes deportivos callejeros. Empleando los elementos comunes de sus experiencias en Afganistán y ese ideal de ciudadano-soldado, descargarían su frustración contra funcionarios, políticos acusados de corrupción y otros jóvenes que representaban a otras subculturas acusadas de antipatrióticas. Tanto la SVA como la RSVA, con la entrada en su dirección de altos y medios oficiales de tropa de élite y con el contexto de desintegración y privatización de la Rusia postsoviética, mostraron una intención de lanzar metas políticas y adoptaron un discurso patriótico basado en la “hermandad afgana”, es decir, la veteranía como una memoria y experiencia común. Aunque llegará a reunir a

²⁵ Danilova (2010); p.903

más de 300.000 veteranos, un 34% de sus miembros se unieron con tal de conseguir beneficios sociales y formar parte de redes de cooperación mutua²⁶. Siendo la necesidad de apoyo económico y laboral lo que primaba en muchos de los veteranos, estos no eran demasiado entusiastas hacia ideales patrióticos o ese constructo discursivo amalgamador de la “hermandad afgana”. En su lugar, primaba un sentimiento pesimista o cínico hacia esa memoria compartida, propio de la era postsoviética. Cuando la periodista Svetlana Alexievich entrevistara a veteranos *afgantsi* recién desmovilizados, uno de ellos le describió así esa idea de hermandad militar:

*"Por favor, no escriba eso de la hermandad afgana. No existe. Yo no lo creo. [...] Compartimos los mismos problemas: subsidios, apartamentos, buenos medicamentos, prótesis, electrodomésticos... Una vez que los resolvamos nuestras asociaciones se disolverán. Conseguiré, atraparé, arrancaré a mordiscos ese apartamento, muebles de importación, frigorífico, lavadora, reproductor de vídeo de marca japonesa y jadiós! Entonces se verá con claridad que no me queda nada por hacer en esa asociación"*²⁷.

Esa visión negativa o desencantada de un ideal de hermandad común aparecía reflejada en productos culturales como música y literatura. Oleg Ermakov, veterano y unos de los principales representantes de la literatura rusa de los años 80 y 90, lo definía como una “hermandad sucia” en su relato *Retorno a Kandahar:* “*Hermandad sucia, nunca fueron pacifistas, simplemente no querían ser soldados apasionados [...] Ahora todo queda claro para mí. Y no creo en nada, especialmente en mí mismo*”²⁸

Aun así, ese concepto unitario y revisionista de la guerra que unía la experiencia de sus combatientes en un discurso común de fraternidad y patriotismo calaría hondo a lo largo de los 90, en parte gracias a su difusión por autores y políticos como Projanov, o Aleksandr Ruts koy, entre otros; figuras clave de la nueva política rusa, que empleó los elementos de la cultura *afgantsi* para elaborar un discurso revisionista patriótico para configurar una nueva oposición. Los excombatientes que se representaban en el espacio político y social con guerreras de combate, el sombrero *pajafgantsiol* tradicional afgano, la guitarra poética y las bandas de rock *afgantsi*, museos y monumentos locales, pasaron a integrar un discurso revisionista que ligaba la experiencia en Afganistán al sacrificio patriótico y a la nueva unidad nacional rusa, volviendo de nuevo a la actualidad con la Guerra del Donbass en 2014 y con la invasión de Ucrania en 2022.

Procesos similares ocurrieron en Estados Unidos, Argentina y Portugal. En ellas observamos una construcción revisionista de la memoria de la guerra, en las que se retoma la cultura de los veteranos con el fin de ser procesada por una estructura institucional. Los elementos simbólicos que construyeron al veterano moderno se recuperaron y se

²⁶ Galleotti (1995); p.121

²⁷ Alexievich (2016); p.42

²⁸ Ermakov (2004)

vaciaron de significado colectivo para ser empleados de manera extensa, asociándose a un patriotismo institucional. Las chaquetas militares, popularizadas ya en los 60 por los veteranos de Vietnam y el movimiento estudiantil, se convirtieron en un distintivo cultural general de una etapa. Pero años después fue apropiado por un discurso que reformulaba la memoria del veterano y lo asociaba con el desastre, el abandono y el rechazo de los liberales, el movimiento estudiantil y la esfera contracultural. La organización de veteranos de Vietnam antiguerra (VVAW), creada en 1967, alcanzó notoriedad entre 1968 y 1969, atrayendo a miles de jóvenes excombatientes de contextos diversos. Tomando referencias de la protesta contracultural y la Nueva Izquierda, los veteranos de VVAW se harían famosos por sus eventos de denuncia y sus protestas performáticas, como la marcha hacia el Capitolio en abril de 1971. Con actos como la recreación de operaciones de búsqueda y destrucción, pero especialmente con la ceremonia de retorno de medallas, se popularizaron los elementos de protesta e identidad de los veteranos de Vietnam: chaquetas militares combinadas con ropa civil, barba y cabello largo, prótesis y muletas, banderas nacionales, medallas, emblemas pacifistas y otra simbología irreverente contracultural. Elementos que pretendían reafirmar su experiencia a la vez que demostrar un carácter combativo social y una identidad generacional. Sin embargo, una vez acabado el conflicto, con un espacio nacional agitado y convulso, los veteranos y su movimiento no parecían tener un espacio político, a pesar de sus campañas para reconocimiento. En su lugar, se impuso una amnesia colectiva, reforzada con discursos de culpabilización/victimización de los combatientes, impidiendo generar un espacio de debate para los veteranos. Esa idea de agotamiento o rechazo hacia las experiencias de los excombatientes quedó patente, como un leitmotiv, en gran parte de los relatos, expresiones y productos culturales de veteranos de Vietnam, quedando presente hasta el mandato de Reagan y la reformulación de la memoria del conflicto.

Si retomamos el caso portugués, vemos que se repite ese proceso de amnesia y rechazo, quedando presente con Lobo Antunes y su obra. *Os Cus de Judas* (1979, traducida en español como *En el culo del mundo*), relato frenético sobre su experiencia en Angola como recluta, expone de manera temprana lo que para muchos chicos conscriptos portugueses supuso la desmovilización: silencio, morbosidad, incomodidad y desinterés. En su relato expresa su malestar, rechazo y terribles experiencias en la guerra de Angola como sanitario del ejército, enfatizando elementos que generan incomodidad o inverosimilitud al oyente, ya sea aburrimiento, frustración sexual, tedio, muerte, horrores bélicos, asesinatos y abusos. Una historia que el autor, en su relato, quiere contar a una chica con la que se ha emborrachado y mantenido relaciones sexuales, pero que ésta, en representación de una sociedad agotada, no quiere escuchar. Relacionando su experiencia en la guerra como si de una enfermedad fuese, Lobo Antunes se resigna a vivir en una realidad que esconde bajo la alfombra su trauma y paso

por una guerra: “Traemos la sangre limpia, Isabel: “los análisis no muestran a los negros cavando la fosa para después aguardar el tiro de la PIDE, ni al hombre ahorcado por el inspector de Chiquita, ni la pierna de Ferreira en el cubo de los apósitos, ni los huesos del tipo de Mangando en el tejado de cinc. [...] Puedo regresar a Lisboa sin contagiarles mis muertos a nadie, el recuerdo de mis compañeros muertos a nadie”²⁹.

Lobo Antunes nos sirve para ver lo representativo de la memoria del proceso portugués respecto a la guerra colonial y la caída de la dictadura portuguesa. Precisamente un régimen dictatorial en crisis que terminó de socavarse por las consecuencias directas de los costes de la guerra en las colonias, pues fueron los oficiales intermedios del Ejército con experiencia en las guerras en Angola, Mozambique, Guinea, Cabo Verde y Sao Tome, los que terminaron por configurar el *Movimento das Forças Armadas* y derrocar el régimen de Caetano mediante un golpe pacífico de amplio apoyo popular. A su vez, fueron los recién desmovilizados excombatientes los que, antes de la caída del régimen, se opusieron a las guerras y denunciaron los crímenes cometidos en las colonias mostrando sus propias cicatrices, como lo hicieron los veteranos mutilados de guerra. La *Associação dos Deficientes das Forças Armadas*, creada en 1974 en el Hospital militar de Lisboa, acabó por configurarse como un órgano de protesta autónomo al Ejército, criticando el abandono de los combatientes y sus nuevas necesidades por parte del estado portugués, a la vez que iniciaban una protesta política contra la guerra y el régimen del *Estado Novo*, dando paso los sucesos de lo que después constituyó el movimiento de los capitanes y a Revolución de los Claveles de abril de 1974. Pero a pesar de la popularidad que oficiales como el capitán Sagueiro Maia habían despertado entre la población, la incomodidad de las consecuencias de la guerra, el colonialismo y su asociación con la violencia y represión del antiguo régimen, instauró en los años revolucionarios de Portugal un espacio vacío para la memoria de las guerras coloniales y sus combatientes. Años de campañas políticas en las que se invisibilizó el pasado colonial, la guerra y las consecuencias de ésta en más de 800.000 exsoldados portugueses, y que duraría hasta que en los 90, el revisionismo gubernamental, las nuevas proyecciones de memoria y monumentalismo darían lugar a la reaparición de una nueva imagen reconstruida del conflicto asociada a un glorificado y paternalista pasado colonial.

Cabe añadir que veteranos a título individual o grupal se involucraron con otras causas civiles, en especial aquellas relacionadas con factores étnicos o nacionales. Las experiencias bélicas, las estrategias militares coloniales y la segregación racial, sirvieron para crear una oposición entre los excombatientes de sectores étnicos desfavorecidos que veían en las acciones militares una prolongación más de la desigualdad de derechos en sus lugares de origen. Se relacionaban y equiparaban así la experiencia cotidiana de la vida civil con la militar. Retomando conceptos como la *gruppovschina*, o esa

²⁹Lobo Antunes (1979) pp.196-197

violencia interna entre grupos étnicos y minorías nacionales en el Ejército Rojo, muchos excombatientes veían en la desintegración de la URSS una necesidad de articularse con movimientos de autodeterminación o partidos nacionalistas como fuerzas paramilitares. Aunque fue en países como Estados Unidos o Portugal, donde el movimiento anticolonial y las expresiones de la Nueva izquierda estaban más a la orden del día, donde se observó una organización más combativa étnico-social. Acciones de protesta y desertiones comunes como los casos de los 3 de Fort Hood, se destacaban precisamente por eso. Dos de ellos, Dennis Mora y James Johnson, eran de etnia latina y afrodescendiente respectivamente, y con apoyo de Stokely Carmichael, destacado líder del Comité de Estudiantes No Violento, denunciaron la guerra tanto por la privación de derechos de la tropa como por la inmoralidad de su causa y su discurso racista colonial. Fort Hood no fue un hecho aislado, y fue seguido de casos más multitudinarios de rebelión y sabotaje como las revueltas de Fort Dix, Fort Bragg, o el motín de la prisión de la Base de Presidio, en San Francisco. Estos actos fueron respaldados por otros movimientos coetáneos e integraron parte importante de la cultura del combatiente en Vietnam. Una cultura que daría lugar a prensa, espacios y símbolos como el signo de la paz o el puño izquierdo alzado. En zonas de combate, la radicalización de la protesta llevó a más de 200 actos de *fragging* o al contundente sabotaje de navíos de la Marina, el brazo de las Fuerzas Armadas con una estructura de segregación racista más encastada y visible. Soldados afroestadounidenses adoptaron elementos del discurso del *Black Power* como el saludo *Dap*, eslóganes en suajili, peinados afro, banderas de los Panteras Negras. A su vez soldados de origen mexicano se identificaron con la imagen combativa de los *Brown Berets* y la Raza, un nuevo movimiento de los derechos civiles chicano que buscaba recuperar la herencia y tradición mexicana equiparándola con la igualdad la defensa de la comunidad, el antiimperialismo y el ecologismo. Mas minoritario pero muy contundente fue la organización de excombatientes de Vietnam nativo americanos que se unieron al *American Indian Movement* (AIM), un movimiento por los derechos indígenas que llegó en 1969. Con un discurso que buscaba las mejoras de derechos y condiciones de vida de las múltiples comunidades nativas, junto con la recuperación de territorios tradicionalmente indígenas, el movimiento de los derechos nativos difundió un discurso anticolonial, antiimperialista y de retorno a la tierra, que encontraba en Vietnam un paralelismo directo e inmediato. La guerra en Vietnam compartía muchos elementos militares y discursivos coloniales con las guerras indias, desde terminología militar a prácticas como la deforestación, el exterminio de aldeas y los desplazamientos forzados; generando en muchos combatientes estadounidenses de origen nativo una rápida aprensión hacia su servicio. Además, estos combatientes desarrollaron unos síntomas de estrés y ansiedad particulares, conocidos como el síndrome del scout. Desde la época colonial, indígenas habían luchado en el ejército estadounidense, principalmente como exploradores, rastreadores

y tiradores selectos. Aunque tras el fin de la Gran Guerra se les reconoció la ciudadanía estadounidense, su papel en las Fuerzas Armadas continuó siendo el mismo. Esa sobreexposición al peligro con la imposición de ese rol, generaba síntomas de estrés y disonancia, que además se unieron con el desarrollo de empatía hacia los vietnamitas. La presión por el recuento de cadáveres, los trofeos de guerra, la terminología militar inspirada en las guerras indias, y el consumo de alcohol o drogas, eran prácticas que los soldados indígenas asociaban al exterminio de los nativos americanos. Realizando el paralelismo entre las condiciones de vida en la reserva con la experiencia en el Ejército, se llegaron a constituir grupos autónomos de exsoldados indígenas con la intención de denunciar esa situación dentro del Ejército y retomar una resistencia anticolonial contra el gobierno estadounidense. Estos veteranos, conocidos como *Red GI's*, se harían especialmente visibles durante el asedio de Wounded Knee en 1973. Tierras conocidas por la gran masacre de nativos cometida por el Ejército estadounidense en 1890, fueron de nuevo noticia cuando activistas de la AIM y vecinos de la reserva de Pine Ridge ocuparon el territorio reclamando su pertenencia tradicional, como denuncia contra la corrupción en la Secretaría de Asuntos Indios y las condiciones de vida en la reserva. La respuesta fue el despliegue de tropas de la Guardia Nacional, el Ejército y agentes de policía y el FBI, por lo que los asediados fortificaron la posición. Ante eso, grupos de veteranos de Vietnam acudieron armados bajo el lema "*Si tenemos que morir algún día, dejadnos morir aquí juntos en Wounded Knee*"³⁰, para ayudar en su defensa. Con ello, los veteranos nativos además reafirmaban su papel tradicional como guerreros, pero ahora en defensa de su comunidad, un discurso que era representado tanto con sus actos y sus palabras como por su simbología: cabello largo y chaquetas del ejército, armas de combate y ceremonias de purificación. Hacían a su vez una conexión empática con el pueblo vietnamita, definiéndose ambos como resistentes ante el imperialismo estadounidense, que quedaría representada con una popular imagen de un veterano nativo levantando un AK-47 en grito de victoria, imitando al famoso póster de propaganda del guerrillero norvietnamita.

Podemos ver muchos más ejemplos de estas dinámicas, ya sea con los veteranos de Malvinas con chaquetas de combate dando la espalda a oficiales del Ejército, o a veteranos *afgantsi* ucranianos en la Plaza de Maidan, luciendo *pajoles* afganos, medallas y guerreras reclamando su experiencia como verdaderos combatientes nacionales y "padres" generacionales. Una simbología cultural que, no obstante, perdió un sentido social con el paso de los años, y que no fue impermeable a los diversos procesos de revisionismo político que las distintas administraciones adaptaran para reformular un discurso de memoria capaz de movilizar a sectores sociales. Dichos procesos de

³⁰ "SF State Vets at Wounded Knee", *The Veteran*; Vol.1, No.2, 1973, p.3

reversionismo se reafirmaron con la entrega de administraciones y agencias gubernamentales en materia de excombatientes, en los que se desarmaban los colectivos autoorganizados de veteranos creando nuevas agrupaciones organizadas desde el gobierno y haciendo de éstas el filtro para la concesión de ayudas y beneficios. El ascenso de políticos como Colin Powell, John Kerry o Aleksandr Ruskoy gracias a su hoja de servicios, legitimaba un discurso nacional, a la vez que contrarrestaba la imagen peyorativa y segregada del veterano mediante la recuperación de figuras ejemplares condecoradas originarias de clases privilegiadas. Aunque las necesidades de los veteranos seguirían siendo una cuestión presente y se exigieran mejoras en el rango de sus beneficios, la disonancia cognitiva y la reconciliación de las memorias individuales con el discurso revisionista terminó por calar hondo en múltiples rangos. Durante la presidencia de Jimmy Carter se dieron los primeros pasos por controlar el movimiento de veteranos, colocando a Max Cleland como director de la *Veterans Administration*, la agencia gubernamental dedicada a beneficios y ayudas a excombatientes, sometida a críticas por la polémica sobre su mala gestión y sus deficiencias en servicios y atención médica. Cleland era veterano condecorado en Vietnam e inválido de guerra, por lo que no solo se daba una atribución simbólica a un sector desfavorecido de los veteranos, sino también se intentaba reemplazar una imagen peyorativa sobre el trato y marginación, ensalzando una imagen masculina, heroica y patriota del veterano de Vietnam a través de la inauguración del monumento a los caídos en Vietnam y los filmes de acción.

Paralelamente, se imponían más y más recortes en beneficios y atención a excombatientes. En un país en recesión, crisis económica y agitación, la administración de Reagan apelaba a la moral conservadora, enfatizando al combatiente traumatizado como símbolo de resistencia y valores estadounidenses, como el ciudadano patriota en armas abandonado por liberales, progresistas y movimientos sociales. Esa idea moral del “veterano traicionado” en lugar del victimizado, se respaldó además con proyectos de campañas políticas falseadas, diseñadas para agitar a la opinión pública. La comisión de Prisioneros de guerra/Desaparecidos en Acción (POW/MIA), ya ideada por Richard Nixon en 1973 con tal de evadir el pago de reparaciones de guerra a Vietnam, fue una campaña especialmente impulsada a partir de 1981 por el ala conservadora de la política estadounidense y reforzada por el apoyo de magnates, famosos y políticos ultraderechistas, convirtiendo a la agrupación en un potente grupo de presión.

Exigiendo el retorno de unos supuestos prisioneros de guerra estadounidenses presos en campos de Vietnam y Camboya, Estados Unidos movilizó a la opinión pública y empleó dicha campaña para justificar polémicas acciones políticas. Toda una campaña que llevaron a empresas surrealistas, como las fracasadas misiones privadas del coronel “Bo” Gritz para salvar a unos inexistentes rehenes, con financiación del multimillonario ultraderechista Ross Perot, y que involucró a miembros de los cárteles de la droga de Tailandia y operativos de corrupción con miembros del gobierno de Reagan.

El impacto que actualmente sigue teniendo esa organización es ejemplo de cómo el revisionismo sobre la cultura de los veteranos reemplazo rápidamente a ese germen que surgió durante la guerra, pero que quedó obsoleto en discurso y prácticas ante la aparición de nuevos contextos. Los mismos veteranos de VVAW denunciarían dicha campaña e insistirían en la inexistencia de prisioneros en Vietnam tras la guerra, sin que cambiara la repercusión de ésta:

“No hay razones válidas, más allá de las imágenes racistas de orientales sin escrúpulos, para tener expectativas serias que los vietnamitas mantienen a estas alturas entre los prisioneros [...] Ellos usan los MIA y a sus familias para impulsar sus carreras políticas y hacer su papel. Los políticos lo usan para mantener sus nombres en los papeles. Exmilitares lo usan para viajar y vender sus historias a Hollywood. Al final cualquier buscavidas parece ser un experto en el tema por dos dólares”³¹

Conclusiones

El pasado 24 de abril de 2024, con motivo del aniversario de la Revolución de los Claveles, unos 112 veteranos de la guerra colonial se manifestaron ante el monumento de los excombatientes frente al Palacio de Belem, Oporto, en protesta para la reforma del estatuto de los excombatientes. Los veteranos no solo pedían mejoras en sanidad y pensiones. Uno de sus reclamos más destacados fue el reconocimiento de los excombatientes afrodescendientes y africanos que fueron reclutados por las Fuerzas Armadas portuguesas, los cuales seguían sin contar con beneficios ni reconocimiento como tal, ya que desde la abolición legal de la esclavitud más de doscientos años atrás, descendientes de esclavos y nativos de las colonias carecían de derechos.

Paralelamente, los excombatientes de argentinos del CECIM protestaban públicamente contra el nuevo gobierno presidido por el Javier Milei, por declararse simpatizante de Margaret Thatcher. Mas de diez años atrás, los mismos veteranos se habían enfrentado a una polémica interna respecto a la memoria de la guerra. Como sucedió en casos como el estadounidense o portugués, los excombatientes de Malvinas pasaron por su propio proceso de invisibilización, a la vez que paralelamente se organizaron de manera autónoma. Mostrando su oposición a la Junta militar y reclamando su papel en la transición a la democracia y el reconocimiento de los excombatientes, las campañas de invisibilización de la memoria impulsada por el gobierno alfonsinista, junto con sus leyes de prescripción de delitos para militares, dejaron en un segundo plano a estos excombatientes politizados. Los golpes de la oficialidad militar intermedia contra el gobierno, como la rebelión de Semana Santa de 1987, incidieron más en esa

³¹ *The Veteran*, volumen 13 número 2, abril-mayo 1978; p.4

tendencia, hasta que las campañas revisionistas impulsadas por el presidente Menem en los 90 llevaron a una nueva “remalvinización” de la sociedad. Frente a la memoria de aquellos excombatientes que equiparaban su experiencia en Malvinas y la causa nacional con la lucha contra la dictadura militar y la defensa de la democracia, se construyó un relato centralizado donde la gesta de Malvinas unificaba las distintas experiencias. Militares y conscriptos, enfrentados y divididos categóricamente entre veteranos y excombatientes, con un bagaje, experiencia e ideologías muy opuestas, quedaron unificados en un relato que pretendía olvidar las víctimas de la represión dictatorial y exaltar el patriotismo militar; y a la que parte del sector de excombatientes se unió como parte de esos procesos de disonancia y reconducción memorística. No es de extrañar que, con motivo del 25 Aniversario de la invasión de las islas, excombatientes del CECIM quisieran recrear parte de su memoria de la guerra construyendo un diorama de un soldado estaqueado; generando críticas por parte de la Comisión de Familiares de caídos en Malvinas, que les acusaron de “insultar a la memoria de los héroes” y “distorsionar de manera prejuiciosa la realidad”³². Reacción similar a la acaecida dos años atrás en torno al estreno del film *Iluminados por el fuego* (Bauer, 2005), film basado en el libro *Diarios de Malvinas* (1993) del excombatiente Edgardo Esteban, el cual sería denunciado en todos los medios por otros compañeros que le acusaron de dañar la imagen de caídos y conscriptos por mostrar a soldados desnutridos, sucios, asustados y aquejados por el trauma.

En la actualidad, la existencia de la cultura de aquellos veteranos, ligada a la permanencia de su memoria y la lucha contestataria por sus derechos, con algunos de sus símbolos representativos, persiste en nuevos contextos políticos y sociales. Aun así, la imagen revisionista y los discursos políticos han hecho que las distintas culturas de los excombatientes, con estructuras, elementos y dinámicas similares, cayeran en el olvido o en planos muy secundarios. Dicho traslado es un indicio de que se trata de unas culturas que no pueden dejar de asociarse a un periodo concreto y característico. Pero, aunque las interpretaciones y los discursos cambien, lo que supuso la guerra y su retorno para millones de soldados, las memorias sensitivas, es decir, aquella memoria física captada por sentidos y sensaciones, connotaciones o costumbres desarrolladas por el propio espacio de la guerra, no lo hicieron. Su estudio permite recuperar, entender y avanzar más en los estudios sobre esas culturas de combatientes y veteranos. Con el tiempo, veríamos de nuevo reproducidas unas experiencias similares a aquellas pasadas, trayendo nuevos casos a considerar para el estudio de nuevas culturas de combate.

³²“Imágenes de la muestra desmalvinizadora en el Ministerio de Defensa”; *El Malvinense*; (15 de Mayo 2007)

Nuevos colectivos de excombatientes llegaron a hacerse eco en la actualidad, tras el fin de la Guerra Fría y la aparición de una nueva generación de conflictos. La guerra contra el Terrorismo se hacía eco de algunas de las situaciones que sus predecesores tuvieron que experimentar en el pasado. A pesar de las medidas tomadas por la mayoría de los países occidentales, como la supresión del servicio militar y la instauración de ejércitos profesionales, la movilización de unidades integra sin reemplazos, el uso de tecnología para ataques quirúrgicos a distancia, el control de la prensa y las coaliciones militares internacionales; no lograron evadir las consecuencias del combate de nueva generación. A pesar de esos cambios en la estructura y disposición de unas fuerzas armadas profesionales, las mismas estrategias y tácticas de insurgencia supieron adaptarse para someter a esas fuerzas a desgaste. De nuevo, los resultados dieron lugar a largas guerras sangrantes, con un número de bajas relativamente menor entre los combatientes ocupantes, pero con una mayor cifra de bajas psicológicas y heridos fruto de los ataques con explosivos improvisados, desplazamientos de población, masacres civiles productos de ataques preventivos y operaciones de *clear and hold*. En definitiva, una gran desestabilización del territorio, convirtiendo esas guerras en costosos proyectos fracasados de control político y democratización. Irak, Afganistán o Mali son algunos de los ejemplos más representativos, dejando a una nueva generación de veteranos con necesidades especiales, políticas de reintegración y ausentes de un discurso memorístico que reclamar. No ayudó tampoco el contexto de un enemigo desdibujado mediante la etiqueta de terrorista en unos países con una historia, una tradición política y unas diversidades étnicas desconocidas, que no ofrecían ningún sentido ideológico a sus acciones de servicio más allá de los intereses de la geoestrategia. Mas aun cuando países como Estados Unidos aun empleaban para dichas intervenciones un lenguaje militar inspirado en términos coloniales de la conquista del oeste, como pudo observarse con la polémica desatada con el nombramiento del operativo para asesinar al líder de Al Qaeda Osama Bin Laden como Operación Gerónimo, en alusión al líder de la resistencia apache. Todo ello no haría más que aumentar un rechazo popular hacia dichos conflictos y un desinterés generalizado hacia sus combatientes, los cuales no aparecían más que como tropa contratista al servicio de unas potencias.

Algunos autores como Christian Appy, quien estudió la experiencia y el reclutamiento de los combatientes en Vietnam desde una perspectiva de clase, insistía en la idea de conscripción económica, para entender parte del fenómeno de los nuevos combatientes estadounidenses. Appy resaltaba las políticas de reclutamiento actuales de las Fuerzas Armadas estadounidenses, que centraban sus campañas de alistamiento voluntario en institutos de áreas muy empobrecidas del país, sobre clases trabajadoras pobres blancas y minorías afro y latino descendientes. Las ofertas de beneficios económicos, vivienda y estudiantiles seducían a miles de jóvenes y adolescentes que veían en el servicio una oportunidad de ascenso social y formación. Ya desde finales de los años 70, a cambio de presupuestos y otros beneficios, institutos del país ceden los

datos de sus alumnos a las Fuerzas Armadas, y actualmente, la Escuela de Oficiales de la Reserva se nutre de jóvenes que esperan poder obtener formación superior a cambio de años de servicio militar.

Dichos contextos favorecieron aún más que los estados no desarrollaran políticas de integración para combatientes. No solo eran voluntarios, dejando de lado los motivos de su alistamiento, además los discursos de progreso y invisibilización promovido por gobiernos dejaba a los excombatientes aislados y marginados ante su situación de dificultosa reinserción. Los elevados índices de estrés postraumático, depresión, incapacidad de conseguir o mantener empleos, violencia doméstica y consumo de sustancias, denotaba las terribles consecuencias de las políticas militares sobre los combatientes. En 2015, reaparecía en Estados Unidos la polémica del síndrome de Vietnam con la dimisión del secretario de la Administración de Veteranos, Erik Shinsheki, debido a la polémica que surgió tras las denuncias masivas de desatención a veteranos y deficiencia de sus hospitales. Las consecuencias de Iraq y Afganistán estaban generando el suicidio de un excombatiente en riesgo de exclusión cada 90 minutos, mientras que la población de veteranos sin hogar crecía peligrosamente, constituyendo un 12%, de los cuales la mitad habían combatido décadas atrás en Vietnam según las estadísticas de la misma Administración de Veteranos.

No extraña entonces que aparecieran movimientos nuevos de excombatientes que reclamaban un relato de sus experiencias y las desigualdades para con su servicio y su reinserción. Pero aparte de polémicas y acciones ligadas a la protesta pacifista, no parecían desarrollar una cultura presente más allá de su espacio temporal. Tan solo un año después del inicio de la invasión de Bagdad, nació de la organización *Iraq Veterans Against the War* en 2004, como una extensión de la organización internacional *Veterans for Peace* y que emulaba en discurso y estética directamente a su predecesora VVAW. Se construyó como un intento de estructurar una nueva cultura del veterano de guerra moderno que respondiera a las necesidades actuales de estos y que reclamaba un espacio por su experiencia. Sus protestas en 2008 contra el rechazo gubernamental a ampliar su ley de beneficios, su acto público de denuncia de crímenes de guerra cometidos por las Fuerzas Armadas estadounidenses, la manifestación ante Wall Street en 2011, y su ceremonia de protesta y retorno de medallas en la sede de la OTAN en Chicago en 2012, describieron un patrón de ligar su reinserción fallida con la protesta contra la política militar estadounidense, directamente inspirada en la cultura de los veteranos de Vietnam. Su estética irreverente, sus discursos combativos ligados a la izquierda y su asociación con otras causas y movimientos sociales como vía para visibilizar su trauma, no pudieron sobrevivir más allá del foco álgido del conflicto, mientras la presidencia de Obama y su retirada progresiva de dichos conflictos, con su foco en la guerra tecnificada, terminaba por invisibilizar al combatiente, de nuevo absorbida por la retórica victimista y patriótica donde el trauma se reconocía como un sacrificio voluntario por una causa nacional

Es obvio que las causas, contextos y fenómenos que favorecieron el surgimiento de unas culturas del excombatiente que trascendiera a los ámbitos de la política, la sociedad y la cultura no son los mismos que hace 50 años. Sí que observamos que se retroalimenta y se reproduce entre sus protagonistas actuales, donde la modernidad y esa experiencia posmoderna intenta encontrar un lugar en los conflictos de nueva generación. Por supuesto, hay muchos factores para tener en cuenta. Los conflictos de la era de la posguerra Fría no son los del teatro del mundo de bloques, y el proceso de la industrialización masiva fue siendo sustituido progresivamente por la globalización, la economía financiera y la tecnología de nueva generación. No se han visto grades masas de jóvenes y culturas juveniles contestatarias y autoafirmada, con un similar bagaje ideológico, al menos en lo político y con permanencia temporal. Del mismo modo que sobre los errores de las estructuras y políticas militares se pusieron medidas, en especial en lo referente a la conscripción y la profesionalidad de las Fuerzas Armadas.

Debemos recordar que esas culturas del excombatiente moderno no son homogéneas ni monolíticas, y están demasiado ligadas a esos contextos pasados en su supervivencia, por lo que sus revisiones y sus respectivos productos y discursos sociales son los que acostumbran a sobrevivir. El factor de la conscripción y su abolición, en favor del ejército profesional de contrato, ha sido la maniobra que consiguió eludir en parte ese efecto social de rechazo, protesta y respuesta que caracterizó en el periodo anterior, enmarcando a las fuerzas armadas como una representación de los abusos y desigualdades del país y la guerra como una consecuencia de éstos. Aunque sería de interés, siguiendo la línea de Appy, indagar en qué encontramos tras el alistamiento actual y, yendo más allá, cómo se relaciona en las existentes respuestas y construcción de memorias de nuevas generaciones de excombatientes. Avanzando mucho más aun, es también necesario investigar cómo afecta la entrada de mujeres y las polémicas sobre la discriminación sexual dentro del desarrollo de culturas de desmovilización. En ejércitos con presencia de mujeres en fuerzas armadas de combate, como el israelí o el estadounidense, surgieron focos de grandes problemáticas estructurales, especialmente con los numerosos casos de abusos sexuales, violaciones, y las posteriores campañas de encubrimiento. Todo ello nos pide una investigación a fondo sobre cómo dentro de culturas exclusivamente masculinas y heteronormativas, la entrada de mujeres y otras sexualidades están generando nuevas situaciones, que *a priori* parece que dan como resultado más reacciones que cambios.

Por otra parte, nos encontramos en un escenario actual bastante interesante. A diferencia de lo que los estadistas y analistas políticos acostumbran a predecir, el desarrollo de unos nuevos conflictos en la era postpandemia presenta unos panoramas con reminiscencias a experiencias anteriores, que requerirán de análisis en futuro, pero de las cuales ya podemos destacar algunos aspectos. El estallido de la invasión rusa de

Ucrania en febrero de 2022 y la campaña de ataque israelí contra Gaza desde octubre de 2023 han aparecido como dos nuevos conflictos en los que, de manera inesperada, se han movilizado a jóvenes combatientes mediante la conscripción obligatoria juntamente con tropa profesional, y que ya está generando cierta reacción por parte de antiguos y nuevos excombatientes. En el caso ucraniano, una guerra que se estaba librando en la cuenca del Donbass mediante milicias ultranacionalistas y tropa regular voluntaria desde 2014, derivó con la invasión rusa en una guerra de alta intensidad con extensos frentes y posiciones atrincheradas cuyo desarrollo sigue una estrategia de aniquilación y desgaste. El apoyo técnico y las perspectivas de las guerras de nueva generación no ha terminado por sustituir a la necesidad de tropa y el desarrollo de ofensivas y estrategias convencionales para ambos bandos que la “picadora de carne” rusa ha desarrollada. Desgaste que extendió así la llamada a filas a miles de reservistas entrados en la madurez y jóvenes conscriptos, junto con milicias voluntarias, internacionales y unidades de compañías privadas, mercenarios, presidiarios y tropas aliadas, tanto de la OTAN como norcoreanas. Solo el tiempo y el desarrollo de sus circunstancias nos permitirá analizar si se dará lugar al desarrollo de nuevas culturas de veteranos, o si la cultura de aquellos excombatientes modernos surgidos del espectro de la Guerra Fría, aun presentes y con un papel a reclamar, sigue teniendo un rol en los conflictos que aún están por venir.

Bibliografía

- Ackermann, F. Galbas, M. (2015): “Back from Afghanistan: The Experiences of Soviet Afghan War Veterans”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society*, Vol.1, No. 2; Ibidem, Stuttgart.
- Aguiar, C. (2018): *Braço tatuado. Retalhos da guerra colonial*; Afrontamento
- Alexiev, A. (1988): *Inside the Soviet Army in Afghanistan*; RAND, United States Army.
- Alexievich, S. (2016): *Los muchachos de zinc*; Debate
- Appy, C.G. (2015): *American Reckoning, the Vietnam War and our national identity*; Viking
- Appy, C.G. (1993): *Working-class war. American combat soldier and Vietnam*; The University of North Carolina Press.
- Barilsky, R. (1998): *The Soldier in Russian Politics. Duty, Dictatorship and Democracy under Gorbachev and Yeltsin*; Routledge
- Barker, A. (Ed) (1999): *Consuming Russia. Popular culture, sex, and society since Gorbachev*, Duke University Press.
- Bocharov, G. (1990): *Russian Roulette. Afghanistan war through russian eyes*; Hamish Hamilton.

CULTURAS DE LA DESMOVILIZACIÓN

- Borovik, A. (1991): *The Hidden War. A Russian Journalist's Account of the Soviet War in Afghanistan*; Faber and Faber, Londres
- Bourke, J. (1996): *Dismembering the male. Men's bodies, Britain and the Great War*, Reaktion Books
- Bourke, J. (2008): *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Crítica
- Cabrita Mateus, D.; Mateus A. (2011): *Angola 61. Guerra Colonial Causas e consequências*; Texto Editores
- Cardina, M. (2020): "A deserção à guerra colonial: história, memória e política", *Revista de História das Ideias*
- Cardina, M.; Santos, S.: "Evading the war: deserters and draft evaders of the Portuguese army during the colonial war"; *Journal of Portuguese History* (2019, Vol14, N2)
- Cardina, M. (2023): *La fricción de la memoria. Colonialismo, guerra y descolonización en el Portugal contemporáneo*, Verso
- Cardina, M. (2019): "Memórias da Violência Colonial: reconhecimentos do passado e lutas pelo futuro", *Estudos Ibero-Americanos*
- Cortright, D. (2005): *Soldiers in revolt. GI Resistance during the Vietnam War*
- Da Cunha, R. (2022): *Ultramar Colonial (1961-1974) O Modo Português de fazer a Guerra*, Manufactura
- Danilova, N. (2010): *The Development of an Exclusive Veterans' Policy :The Case of Russia*
- Feo, K. (2007): "Invisibility: Memory, Masks and Masculinities in the Great War", *Journal of Design History*, Vol. 20, No.1, pp17-27
- Gabriel, R.A. (1980): *The New Red Legions. An attitudinal portrait of the Soviet Soldier*; Greenwood Press
- Galeotti, M. (1995): *Afghanistan: Soviet Union's Last War*; Frank Cass
- Gross, N. (Julio, 1990): "Youth and the Army in the USSR in the 1980s"; *Soviet Studies*, Vol. 42, No. 3
- Guber, R. (2004): *De "chicos" a veteranos. Nación y Memorias de la Guerra de Malvinas*; Al Margen
- Guber, R. (2001): *¿Porque Malvinas? De la Causa Nacional a la Guerra absurda*; Fondo Cultura Económica
- Guerra, J.P. (1994): *Memórias das guerras coloniais; Afrontamento*
- Lorenz, F. (2012): *Las Guerras por Malvinas; Crítica*
- Marques De Sousa, P. (2021): *Os números da guerra colonial ; Guerra & paz*
- Mosser, R. (1996): *The New Winter Soldier. GI and Veterans dissent during the Vietnam War*
- O'Brien, T. (2006): *If I die in combat zone*; Harper Perennial
- O'Brien, T. (1994): *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*; Crítica
- Oropeza, L. (2005): *Raza si guerra no. Chicano protest and patriotism during Vietnam war Era*; University of California Press, Los Angeles
- Oushakine, S. A. (2009): *The patriotism of despair. Nation, War and Loss in Russia* ;

CULTURAS DE LA DESMOVILIZACIÓN

Cornell University Press

Varela, O. (2016): 191. Memorias de um soldado en Angola, Verso da Historia

Venter, A.J. (2015): Portugal's Guerrilla Wars in Africa: Lisbon's Three Wars in Angola, Mozambique and Portuguese Guinea 1961-74, Helion

Westheider, J.E. (2008): The African American experience in Vietnam, Rowman and Littlefield

Documentos

Afganskii veter (1989); Muzichna Ucraina, Kiev

American Prisoners of War in South West Asia (1970). Hearings before the Subcommittee on National Security Policy and Scientific Developments of the Committee of Foreign Affairs House of 395 Representatives,

Boyle, R. (1972): "GI revolts, the breakdown in the U.S. Army in Vietnam"

Bustos, D. (1983): *El otro frente de la guerra. Los padres de Malvinas*

Ermakov, O. (2004): "Vozvrashcheniye v Kandagar", *Novyy Mir*, No 2

Laurence, J. (Julio de 1970), *The world of Charlie Company*, producido por CBS News

Fort Hood Three, (1966) Fort Hood Three Defense Committee, Nueva York,

Lewis-McCord Free Press (Enero 1971), Vol. 2, No 1

Lewis-McCord Free Press (Julio 1971), Vol.3, No 1

Lewis-McCord Free Press (Septiembre 1971), Vol. 3 No. 3

Lewis-McCord Free Press (Febrero 1973), Vol. 6, No 3

Lewis-McCord Free Press (Agosto 1973), Vol.3, No 1

Ogoniok (1987)

"L'Espagne va livrer un déserteur portugais à la police de son pays", *La Gauche* (24 mayo 1969)

POW/MIA (Febrero 1994): Where do We go from here? Hearing before the subcommittee on Asia and the Pacific, Comité de Asuntos Exteriores de la Casa de Representantes

V etikh pesnyakh yest' dusha (1990); Consejo de militares internacionalistas de la región

Voroshilovgrad, Lugansk

Vremya vybralo nas. Pesni, rozhdennyye v Afganistane (1988); Moscú

The Veteran (1973); Vol.1, No.2

The Veteran (abril-mayo 1978), Vol. 13 No.2,